

UNA NOVELA MORAL

La novela de Pérez Esclarín sería la novela del cura en el barrio, el cura obrero comprometido con los oprimidos. Este tipo de cura aparece como una figura utópica: aún no hay sitio para él en Venezuela: A la larga no lo permite ni la sociedad ni la jerarquía eclesiástica. El mismo, que no ha nacido en el barrio y que ha recibido una educación elitista, se siente un hombre íntimamente dividido y ha de rehacer una y otra vez penosamente su opción de clase por los oprimidos. En estas condiciones se opera insensiblemente una radicalización creciente: el enfrentamiento, la cárcel, el destierro, la guerrilla y la muerte.

La novela rezuma multitud de materiales de gran actualidad local y fácilmente identificables. En este sentido puede ser leída como una crónica: el proceso de estos curas, sus motivaciones, su ideología, sus problemas afectivos, su crisis de fe, su espiritualidad, su posición frente a otros revolucionarios, el papel que progresivamente son llevados a asumir en el barrio, en la fábrica, frente a la institución eclesiástica tradicional... Y todo esto en una Caracas muy localizable y en un estilo bastante ágil y desenfadado.

Son los ingredientes para una novela de quiosco: oportuna, interesante, moralizante en el fondo y picante. Si además tiene una cierta densidad de contenido, transmite una serie de informaciones sobre este proceso revolucionario que atraviesa la Iglesia y está escrita con garra, resulta un libro que se puede aconsejar.

Pero si no es más que esto, sería un producto útil que se usa y se bota. No quedaría residuo. Recordamos en este sentido "Los curas comunistas" de Martín Vigil y "La cruz invertida" de Marcos Aguinis. ¿Hay algo más en esta novela de Pérez Esclarín? Pensamos que sí. Pensamos que es algo más que una crónica bien escrita. Y algo menos. Es una obra literaria. Con defectos a nivel de estructura, con limitaciones a nivel de concepción, pero también con una buena dosis de creatividad. Es lo que vamos a tratar de desentrañar.

LA VIDA COMO ENERGIA

El punto de partida sería que existe un ritmo en el lenguaje, una palpación, que es la misma de la novela, la del acontecimiento. El personaje, su mundo y su lenguaje son un mismo palpitante. El lenguaje crea un continuum, una duración. Sería algo así como el flujo bergsoniano, el aliento vital que se dilata. Al faltar la alteridad, y la objetividad no hay narra-



ción ni drama. Es más bien algo poemático, una subjetividad, poesía lírica.

El protagonista-narrador reacciona enseguida y totalmente, como esas lámparas sin reactividad. Es un poco como un niño o como las telenovelas. Pero la diferencia es que no es algo meramente instintivo ni un producto prefabricado. Ese enfrentamiento con el mundo y con Dios que sólo tiene dos dimensiones, que es de una intensidad agotadora y de ninguna memoria, sin densidad, esa ternura salvaje y a flor de piel, esa excitación de mimosas son verdaderas y son vividas dramáticamente como vivían la vida los primeros románticos, la vida como energía sin figuras ni cauces, sin historia. Lo único real es esta pasión.

Por eso no hay muchos diálogos verdaderos. En cuanto un personaje habla más de dos líneas, se pasa al parlamento. El protagonista siempre responde con discursos. Se aprieta la tecla y se dispara. Eso no es diálogo. Y los discursos son todos iguales, el mismo lenguaje, todos van al fondo del asunto y por eso son discursos, mera energía impersonal, totalmente separados de las bocas de los hombres que los dicen, hipostasiados. Si fracasan como diálogos, si no están mal co-

mo tratados, se salvan por la entonación: son el despliegue del personaje.

Si, como decía Uslar Pietri, la novela latinoamericana se caracteriza por dar primacía a la ambientación sobre los personajes o sobre la acción, la novela de Pérez Esclarín no sería latinoamericana pues es, románticamente, una novela de personaje. En ella la realidad sólo es tal en cuanto que hace resistencia a la subjetividad del héroe. Y aquí lo que hace resistencia es la sociedad como una totalidad y más en general la existencia, el tiempo vacío, vacío porque vaciado por la injusticia, pero no sólo por eso. De aquí que la novela desborde el marco de la novela social y sea una novela existencial.

La conclusión de la novela es acorde con el planteamiento. Es una novela profundamente romántica, un canto al amor en la noche, en la negación. Tiene que acabar en la muerte para que florezca la abstracción con que está planteado. Este tipo de personaje tiene que morir para que viva el tiempo, para dar a luz a la historia. Los héroes no hacen la historia; la hacen si les toca vivir en el momento oportuno. La historia es el reino de los hombres.

Los materiales de la novela son tan cercanos, tan palpitantes y conflictivos

que pueden llevar a examinarlos en sí y no en el tratamiento que reciben. Como crónica, como novela de aventuras, no convence mucho, faltan muchos eslabones y la última tercera parte parece totalmente precipitada. Con el desplomo del cerro parece iniciarse un tiempo de catástrofe. Esto sólo tiene sentido en la novela si superamos el nivel periodístico, anecdótico para llegar a la dimensión simbólica: sería la imagen de un tiempo que ha muerto en Venezuela, el de la gesta. Este es hoy un tiempo imposible. Otros novelistas han intentado seguir desde dentro el fracaso de la guerrilla, no sólo el fracaso militar sino el proceso de descomposición interna. Acá se sigue otro camino, el romántico, y para el romanticismo el símbolo del fin es la muerte.

LAS FORMAS DE LO HEROICO: DEL DESARROLLO A LA REVOLUCION

Recordamos el Santos Luzardo de Doña Bárbara. El padre Juan sería un moderno héroe civilizador que remonta un día la barbarie de los barrios de la gran ciudad para enfrentarse a las fuerzas del mal y liberar a su pueblo. Pero aquí la novela social cobra otro signo: la barbarie está en la ciudad, no en el barrio. En Gallegos aparecían los mandatarios que abusaban de las leyes, pero había una confianza de fondo en el ordenamiento jurídico, en la legalidad. Aquí se ha roto esa confianza, la legalidad es la institucionalización de la injusticia. Del postulado desarrollista: llevar al interior de la república la civilización de la ciudad, se ha pasado al postulado revolucionario: la única solución es que los marginados del interior marchen sobre el centro para derribar el ídolo de una prosperidad discriminadora y vacía.

Este sería el nivel más obvio de la novela y también el más superficial. Desde este punto de vista La gente vive en el Este es una obra más de la vasta literatura de la revolución que se escribe en Latinoamérica, una literatura bastante basta por lo general. Esta novela no es una excepción. Y los análisis sobre los conflictos sociales del país, si no caen en la simplificación ridícula de otras novelas, tampoco se salen de lo consabido.

LA LUCHA DE LA EXISTENCIA

Pero hay otro nivel más dialéctico. Y aquí nombraríamos al Marcos Vargas de Canaima. Civilización y barbarie en una sola pieza. Y por eso no sólo epopeya sino drama interior. Como el personaje de Gallegos, también el padre Juan siente esas voces de la disolución, una llamada a "perderme por ahí" (187). Y eso no como un problema particular, como algo temperamental, sino como la percepción, a través de la lucha revolucionaria, del problema más vasto del sentido de la vida: "A veces pienso que mi problema es

más hondo y que se identifica con mi propio yo que se retuerce ante la condición de la existencia." (80-1) Claro que hay aquí la ideologización de un fracaso histórico, pero creemos que hay mucho más.

La manera como esto se expresa es típicamente y a veces tópicamente sartreana. Pero el problema del padre Juan es distinto, es el del héroe desalquilado, fuera de tiempo. De ahí esa sed que aparece constantemente en la novela. "Lleno de sed" (88), una sed que es capaz paradójicamente de llenar: "Estoy lleno de la sed del polvo del camino." (89) Esta sed de justicia, de humanidad, de ser, de plenitud, que simbólicamente se alivia en bares y cabarets, ya que ni la acción revolucionaria ni la oración la quitan porque son hoy sólo un caminar cuyo fin no se ve. Hay en toda la novela un instintivo afán de presencia, de comprobación. Y a falta muchas veces de la comprobación del amor, también el vacío es una experiencia de vida; "me siento al borde de una marejada de absurdo" (15), "todo mi mundo interior tiene sacudidas de náuseas" (18), "negruras lentas, preñadas de soledad" (80), "colgado de una fe oscura sorbiendo la hiel de cada hora" (80). Como se ve más que la negatividad, destaca la afirmación de que esa negatividad es poseída por el sujeto: "mi dolor existencial" (81) y le agarra a él: "Una angustia existencial se apodera de todo mi ser" (236). "Sólo consigo llenarme de cansancio" (32) confiesa el protagonista, porque para él hasta el cansancio es algo abundante, una marejada lo mismo que el dolor, la duda o la nada. Pues en la novela todo lo negativo, la ausencia y, hasta la muerte se disfrazan de las formas de la vida.

UN MUNDO EROTICO

Este nivel existencialista descansaría sobre otro estrato más profundo: Es el sentimiento oceánico como la forma más original de estar en el mundo. Existir como habitar algo maternal, la existencia como la inmensa matriz caliente, informe y en continua gestación. Señalando que este magma es percibido por el autor como pulso poderoso, tempestuoso, que alumbra juntamente muerte y vida, aunque siempre alumbra y en el fondo es eros.

De ahí la abundancia de elementos sexuales, que no sólo es obsesión represiva sino ante todo un modo erótico de vivir la existencia. Basten unos pocos ejemplos que pueden encontrarse en cada página: "Esta vez el amor comienza a arrancar de mis tripas alegrías" (36), "Mientras se incendiaba con fantasías de brazos de sol", (38), "Me miraba con todo el fuego de su cuerpo" (17), "Percibo su olor denso, salvaje" (12). Veamos como ejemplo lo relativo al calor en esta dimensión erótica profunda: "Sobre el cadáver puedo ver sus muslos morenos, el uno contra el otro, arrastrando mis ojos al centro de su calor", (30). De

los mariguaneros del barrio comenta que son así porque han vivido sin calor hondo" (106). Cuando al fin de la entrevista con el superior burocratizado ha estado llamada la tensión, señala el cambio diciendo: "Cuando le miro, antes de salir, parece que distingo en su rostro un trozo de calor" (175). Y este calor, nutricio se expande hasta las máquinas y las anima. "Las máquinas gritan con sus voces de hierro los latidos de su vida y dejan a su paso un olor caliente." (127)

Por eso, con este sentimiento primordial ante la existencia, el tiempo, este tiempo nuestro marcado por la rapiña y la sociedad, no puede ser vivido sino como decadencia. Y viene la afirmación de la infancia (130), la nostalgia de la niñez como el tiempo del presente, inconsútil, sin conciencia de sí, sin pretensiones ni pasado y en ese sentido pleno (149).

VERDADERO PERO IRREAL

Por eso en la acción del padre Juan en el barrio hay una presencia activa, pero sin propósitos; el amor aparece como un presente sin resto que se agota y se basta en sí mismo. No hay en la novela el concepto de una acción política, como no hay tampoco el sentido de una realidad estructurada, fruto del trabajo histórico sobre la naturaleza de los hombres en sociedad. Hay la presencia del amor a quien le bastan los pequeños gestos que son sus símbolos; o su ausencia que es caer de bruces en el abismo de la duda y del absurdo. Entonces es cuando la esperanza cristiana, como una apuesta, viene a salvarlo. Pero no hay el concepto del trabajo transformador. Por eso la revolución aparece como una realidad moral, como una exigencia utópica: "que por lo menos quede el testimonio de nuestras vidas como voluntad de cambio" (224), dicen al irse a la guerrilla. El episodio de la guerrilla es debilísimo en cuanto a motivación racional. Es que es una guerrilla moral, meramente simbólica; es la negación de las guerrillas en cuanto estrategia revolucionaria de la toma del poder. Para el protagonista la solución es romántica, crear héroes: "La cuestión es crear cuadros de hombres incorruptibles capaces de coger al toro por las astas, de construir el mundo nuevo que todos ansiamos." (76)

El cura trabaja en una fábrica, pero el trabajo está mirado como una confrontación personal más que como un proceso de producción. Cuando el matrimonio le entrega la casita no lo ve como un instrumento de acción sino como un símbolo de que aún hay gente generosa en el mundo. Cuando la patota vende los equipos para beisbol no hay un análisis sino un eclipse de la esperanza. Es que la realidad cuenta en cuanto afección del protagonista. Por eso las confrontaciones no son dramáticas en cuanto que no hay alteridad real sino una persona y un personaje caricaturizado: así es la entrevista con el señor Colmenares; por eso resulta artificial el diálogo con los muchachos del

colegio; la escena del policía, demasiado paradigmática; el arresto, teatral; el interrogatorio parece un interrogatorio de la Inquisición, un debate ideológico en vez de un interrogatorio policial; la conversación de los guerrilleros resulta literaria: linda, verdadera, pero irreal. Otro tanto podríamos decir del discurso del universitario de izquierda, o de las enumeraciones con que describe las calles que resultan a veces repetitivas y convencionales, o de las conversaciones con las mesoneras, que tienen una incurable tendencia a tratar de los hijos de la pobre mujer.

Diríamos que es una novela en la que a nivel de conceptos está dicho casi todo, pero en la que a nivel dramático apenas se ha pasado de la primera persona. Aparece con una cierta consistencia la figura de Carmen Rosa y algunas más esporádicas. Falta la presentación de la realidad como algo dado de antemano -asumido o no- pero presente como el nivel en el que se sitúan los personajes. Creemos sin embargo que la novela vale por la verdad con que se ha expresado el protagonista, a un nivel más profundo que los slogans y los propósitos de la conciencia. Y por eso tenemos la impresión de haber convivido con una persona.

¿ES EFICAZ EL AMOR?

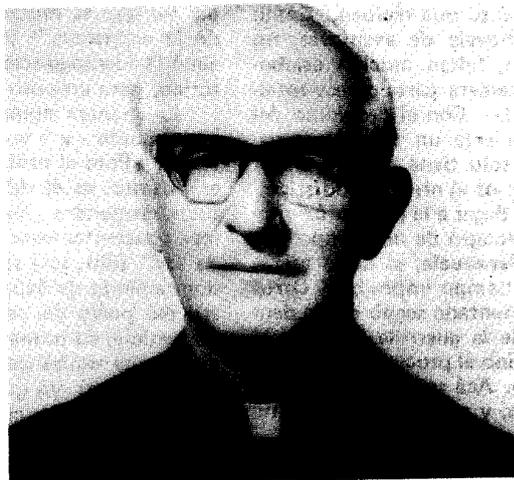
Faltaría referirnos al planteamiento de fondo del libro. Al comienzo de la novela aparecen dos muertos, Jesús y el Che: "El crucifijo arroja una sombra metálica sobre la foto y parece que el cadáver del Che, apoyado sobre sus muñecas de muerto, se fuera a levantar. La tarde se aviva con la vida de los dos muertos." (9) La novela acaba con la muerte del protagonista, una muerte a la sombra de esas otras dos -la sombra más grande sigue siendo la de Jesús. Y queda flotando la pregunta del soldado: "¿Usted cree, mi sargento, que los muertos viven?" (253). Este es el planteamiento de la novela, el reto de la novela. Porque en la novela se ha ido gestando una respuesta: Sí tiene sentido la vida dada por el hermano. Tiene sentido porque existe Dios, y a su vez esta muerte por amor es el sacramento de la existencia de Dios, diríamos que da sentido para nosotros a su existencia. Por eso, más allá de escolásticas, pero en el fondo, es una novela apologética.

El problema de la eficacia del amor, del poder del amor es el problema fundamental del cristianismo. El cristianismo latinoamericano, al superar falsos problemas, se ha reencontrado con él. Esta novela se inscribe a su modo en esta órbita. A su modo, porque el autor no ha captado este movimiento teológico-pastoral en lo que tiene de más característico: su carácter político, es decir su orientación a la edificación de una sociedad y una Iglesia mediante un trabajo pastoral coordinado y eficaz. La novela de Pérez Esclarín es más bien, repitámoslo una vez más, una novela moral.

LITERATURA

PREMIO NACIONAL DE

EL PADRE BARNOLA.



El árbol, para crecer, debe ahondar sus raíces. Y cuando un pueblo se proyecta hacia el futuro necesita reavivar las savias de su pasado. Es imprescindible la labor erudita de rastreo y clasificación. Pero ella sola no da vida. Venezuela, esta Venezuela nueva biológica y culturalmente, necesita de maestros, los hombres de las memorias de las cosas, los sabios frecuentadores de nuestras esencias y gustadores de nuestros sabores ocultos. De ellos depende en gran parte que nuestro país no se quede sin nombres propios, sin costumbres, orillado de la tradición y de la historia, criado como Segismundo en un estado silvestre que no conoce el freno suave y el aliento de la cultura. Venezuela necesita de estos hombres, como ceibas de firmeza personal, frondosos de vivencias y recuerdos.

Uno de estos hombres es el Padre Barnola, Presidente de la Academia Venezolana de la Lengua, ex-Rector de la Universidad Católica "Andrés Bello", Profesor de Literatura desde su juventud, Crítico, Filólogo y, por encima de todo, Sacerdote. Lo acaba de confesar a un periodista: "El acontecimiento más grato de mi vida fue el día de mi ordenación sacerdotal."

El P. Barnola más que "literato" es un acucioso investigador de la cultura venezolana, es decir, de su forma de ser, sentir, pensar y actuar. Y porque la conoce le entusiasma, la estudia y difunde. Recrear y actualizar la "palabra" a su paso por la historia, desempolvar el matiz que añaden los nuevos acontecimientos, expresarla con arte, comunicarla con su carga de contenido y relación humana unido a una visión espiritual y religiosa de la vida, a una preocupación vivencial por los problemas del hombre vividos como propios, y a su empeño cultural venezolano, son aspectos que endosan nuevos valores a su estatura literaria.

Por eso pensamos que al darle el Premio Nacional de Literatura en la mención de ensayo e investigación, por su obra "Afirmaciones de Cultura", no se ha premiado sólo su apreciable obra escrita sino al hombre entero en su afán permanente de sacar a luz el corazón de la nacionalidad. Su estudio de nuestros próceres y nuestras gestas es una lección permanente de que la patria se construye con generosidad, inteligencia y tesón, y que la grandeza humana consiste no en el aislamiento orgulloso e infecundo sino en el enfrentamiento con las dificultades de la tierra y los problemas de la sociedad, es decir en el servicio. Por eso ya en 1954 dedica el Padre Barnola su tesis a San Pedro Claver, "apóstol social de los más humildes y humillados pobladores de América".

SIC se alegra de este premio dado al amigo y hermano, que fuera director de la revista en los años 1949-1954. Y hacemos votos porque continúe en el empeño: Una hermosa y culta manera de dar la vida.